LA ORDEN FRANCISCANA EN EL EPISTOLARIO DE MENÉNDEZ PELAYO

ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA

Hace unos años, en 1982, redacté una breve reflexión sobre el *franciscanismo en la visión cultural de M. Menéndez Pelayo.* En tres aspectos me detuve: el estético, el místico y el filosófico-teológico. Concluía mi meditada reflexión con este juicio que me place ahora acotar: «El cordón de San Francisco que ciñe la estatua yacente de su sepulcro en la catedral de su patria chica, Santander, no es un mero adorno de los despojos mortales de su cuerpo. Fue antes un ceñidor espiritual de las grandes vivencias de su profunda alma religiosa».[1]

Hoy vuelvo de nuevo sobre las relaciones de MP con lo franciscano. En esta ocasión he tenido el íntimo regusto de percibir en su *Epistolario,* no doctas reflexiones históricas, cuanto un contacto de alma a alma con los franciscanos que se dirigieron a él, pidiendo informes, orientaciones, ayudas: menesteres pequeños a los que el hombre grande descendía para facilitar el trabajo intelectual de aquellos con quienes espiritualmente se sentía unido. Creo que esta faceta del *Epistolario* es una rica veta para penetrar en los entresijos más delicados

---

[1] E. Rivera de Ventosa, *El franciscanismo en la visión cultural de M. Menéndez Pelayo,* en: *San Francisco en la mentalidad de hoy.* Madrid: Edic. Encuentro, 1982, p. 213.

de aquella alma: tan tormentosa en ocasiones; tan delicada y tierna en otras. Tiene muchas ramificaciones esta veta que está esperando un parecido examen como el que aquí se intenta presentar. Es otro modo de conocer al genial Don Marcelino «*por dentro*».

1. *P. Fidel de Fanna, editor de* OPERA OMNIA SANCTI BONAVENTURAE (Quaracchi).

Comienzo por la noticia, totalmente ignorada según mis informes, que da el *Epistolario* sobre el editor de la monumental edición crítica de las obras de San Buenaventura, conocida como edición de Quaracchi. Ha sido considerada esta edición como ejemplo a seguir por las posteriores ediciones críticas de los grandes doctores medievales. El P. Fidel de Fanna, franciscano de Venecia, nacido en 1838, se entusiasmó de joven con el estudio de San Buenaventura. E inició en su tierra la búsqueda y estudio de los códices antiguos de las obras del gran doctor franciscano. En 1871 recibe de su P. General el mandato de preparar la edición crítica de las obras del mismo. Después de una preparación meticulosa sobre el arte de la paleografía recorre durante ocho años las principales bibliotecas de Europa y, ayudado por sus colaboradores, llega a coleccionar 50.000 códices, estudiados en el centro franciscano de Quaracchi (Florencia), como preámbulo de la monumental edición crítica.

Dentro de este encuadramiento histórico se nos hace transparente la carta de A. Pidal y Mon a MP, septiembre u octubre de 1877: «Mucho siento que no estuviese V. en Madrid este verano para que acompañase V. al R. P. Fidelis de Fanna, del Orden de San Francisco, arqueólogo, filósofo, teólogo, diplomático que andaba a caza de manuscritos referentes a la Orden de San Francisco por toda Europa. Había encontrado mucho inédito. La llevé a ver a Cánovas a quien quedé en presentar a V. en cuanto fuese a Madrid. El P. Fidelis enseñó a Cánovas y a Silvela que quería hacer una edición de las cartas de la

Agreda al Rey más de 200 originales e inéditas que había en las descalzas y que no conocía nadie. Cánovas le dio billete gratis para viajar. Digo a V. esto por ser noticias bibliográficas».[2]

Estos datos comunica A. Pidal y Mon a MP como información bibliográfica. Para los franciscanistas son informes de oro. En mí han eliminado la ignorancia que tenía sobre los orígenes de la alta estima que alcanzó la Madre Agreda dentro del partido conservador, hasta llegar F. Silvela a publicar las cartas de la misma a Felipe IV. Por otra parte refuerzan estos informes mis conocimientos sobre el esfuerzo realizado por el P. Fidel de Fanna para preparar la gran edición crítica de San Buenaventura, que me ha acompañado en mis estudios durante más de medio siglo.

2. *Edición de los místicos franciscanos Fray Alonso de Madrid y Fray Juan de los Ángeles por el P. Jaime Sala.*

Como muchos otros franciscanos —en su seguimiento el que esto escribe— el P. Jaime Sala vibró en su franciscanismo con la lectura de MP. Lo declara en una de sus cartas al maestro: «Desde que leí en las *Ideas Estéticas* los elogios que V. hacía de algunos escritores místicos de nuestra Orden... le cobré afición y pedí al Señor le diese a V. muchos años de vida para que no se contentase con descubrirnos los tesoros de nuestra pobreza, sino también que pudiera sacarlos todos a luz para instrucción de unos y consuelo de otros» (XVI, 330-1). Esta afición al maestro y a los escritores místicos franciscanos le indujo a trabajar en la edición de las obras de éstos. Un

---

[2] Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*. Edición al cuidado de M. Revuelta Sañudo. Madrid: FUE, 1983. En adelante cito en el texto volumen y página. (Por gran deuda debo dejar aquí constancia de mi gratitud a quienes han hecho posible la edición de este *Epistolario*, especialmente a su director responsable. La nueva lectura, a que me ha obligado la redacción de estas páginas, escritas más con el corazón que con la mente fría, ha motivado una convivencia con el maestro, que nunca había logrado en mis largas reflexiones sobre sus doctas páginas).

ulterior reclamo tenía en lo que también leyó en MP: «Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios, durante el siglo XVI, son debidos a plumas de frailes menores, entre ellos daría yo la palma, de buen grado, al extremeño fray Juan de los Angeles».[3]

De Fray Juan de los Angeles luego hablaremos. Inicialmente place subrayar el interés que tuvo el P. Sala por Fray Alonso de Madrid. Ya en la primera carta a MP, 29 enero 1895, después de pedirle un informe sobre la *Estética* de Milá y Fontanals, le dice a continuación que éste declaró a Fray Alonso de Madrid una «*perla literaria*». «¿Por qué, entonces, pregunta al maestro, no se le desentierra de las bibliotecas y con un prólogo suyo se publica su obra?» (XIII, 175-6).

En otra posterior, 26 junio 1902, informa a MP haber recibido un mandato de su P. Provincial, para reeditar *El arte de servir a Dios* de Fray Alonso de Madrid. Pero como éste publicó varias otras obras, se permite pedirle al maestro: «Me agradaría que me dejase V. las suyas o me indicase dónde podría encontrarlas». Ya al final de la carta añade con confiado atrevimiento: «También me holgaría mucho de que V. tomase la molestia de escribir un Prólogo para dichas obras» (XVI, 330-1). Un año después vuelve el buen franciscano a la carga para importunar a su ya buen amigo que por un amanuense haga copiar de algún ejemplar de las primeras ediciones del *Arte* de Fr. Alonso de Madrid el opusculito de *Doctrina cristiana* que no se halla en las ediciones posteriores» (XVII, 50).

De admirar es la serena tranquilidad y el espíritu de colaboración del siempre atareado maestro ante tantas exigencias que hoy parecerán importunas a más de uno.

Todavía más importante por el éxito obtenido fue la colaboración del maestro y del discípulo franciscano en la preparación editorial de las obras místicas de Fray Juan de los Angeles. El elogio de MP al declarar a este místico «río de leche y miel», cuya maravillosa dulzura es tan angelical como su

[3] *Historia de las Ideas estéticas en España*, Santander 1947, II, *Edición Nacional (EN)* II, p. 83.

nombre, cayó en el corazón del P. Sala como una llamada a que pusiera un denodado empeño para darlo a conocer con la publicación de sus obras.

En la primera carta en que menciona el P. Sala a Fray Juan de los Ángeles, 26 junio 1902, pregunta a MP si ya ha visto la obra última de Fray Juan de los Angeles que «salió de esta Biblioteca episcopal (de Teruel) y yo tuve el atrevimiento de corregirla y anotarla» (XVI, 332).

Esta minucia de 1902 parecía anunciar que doce años más tarde, en 1912, se podrían tener en la mano *Obras Místicas de Fray Juan de los Angeles*, anotadas y precedidas de una Introducción bio/bibliográfica por el P. Jaime Sala, en dos gruesos volúmenes, que forman parte de *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, Casa Editorial Bailly/Baillière, 1912.

Mostramos aquí la portada del triunfo editorial logrado. Pero los esfuerzos y angustias hasta llegar aquí los refleja la correspondencia del P. Sala con MP. De ella acotamos los datos más salientes. El 17 agosto 1909 el P. Sala escribe alborozado a su maestro porque su amigo F. Rodríguez Marín le da la fausta noticia de que admiten en la *Biblioteca de Autores Españoles* la colección de todas las obras de nuestro célebre místico Fray Juan de los Angeles. Sobre el modo de llevarla a efecto pregunta a MP si las obras han de presentarse en orden cronológico o más bien será preferible el ideológico o racional de las materias. Anticipándose a la respuesta, y como prefiere el segundo, le envía un esquema ordenado de todas las obras, pues desea obtener su autorizada aprobación. Dos meses después, 27 octubre 1909, informa a MP sobre cómo adelanta en la preparación editorial proyectada, advirtiéndole que la *Introducción* será lo último que se prepare y publique, ya que es necesario tener en cuenta las últimas observaciones que se le hagan sobre las distintas obras en sus diversos aspectos bibliográficos y sistemáticos (XX, 361).

En enero de 1910 lamenta tener que comunicar a MP cómo la editorial Bailly/Baillière no se compromete a publicar las

obras de Fray Juan de los Ángeles en 1910. Que no quiere, además, faltar a su palabra de devolver las obras que le han prestado de las bibliotecas particulares para hacer la edición (XX, 450).

En mayo del mismo 1910 se lamenta con MP de las desavenencias entre él y otros miembros de la *Real Academia.* Y le comunica que ante la negativa de la edit. Bailly/B., escribió al Sr. Mir (el P. Miguel Mir, cuando jesuita), pidiéndole que hiciera lo posible para que se encargara de la edición la misma Real Academia. Este le respondió que sólo le era posible incluir algunas de las obras del P. Angeles en una colección de místicos que estaba preparando (XXI, 1). Pese a todo, dos meses despues le llegó la gratísima noticia de que definitivamente se iban a imprimir. Todo alborozado comenta el éxito con MP, a quien ulteriormente le comunica: «Ya tendré el gusto de enviarle la *introducción* que precederá a las *Obras* con su parte de biografía y bibliografía, pues sólo pasando por sus manos me quedaré tranquilo de no decir cosas que puedan afilar los colmillos de la crítica» (XXI, 68).

Al año siguiente, 8 julio 1911, comunica muy contento a MP: «Por fin recibo carta de Bailly/Baillière pidiéndome todo el original que tenga para el tomo de *Místicos Españoles,* y poder calcular el volumen de las obras de nuestro Fray Juan de los Angeles» (XXI, 425). Esto posibilitó el que definitivamente se procediese a la edición *de Obras Místicas de Fray Juan de los Angeles.* Sólo la constancia de un buen fraile franciscano con el autorizado apoyo del gran maestro MP hicieron posible esta magnífica edición, para satisfacción de cuantos esperaban tan feliz acontecimiento editorial.

Otros pequeños informes contiene la correspondencia entre el P. Sala y MP. No interesan tanto. Y lo dicho basta para entrever el generoso apoyo que daba el maestro a los trabajos literarios de los que se declaraban sus discípulos. Entre los franciscanos siempre tuvo gratísima audiencia.

3. *Dos capuchinos del siglo XVIII español: Beato Diego de Cádiz y P. Miguel de Santander.*

Del Beato Diego de Cádiz, P. Cádiz cuando escribe MP su *Historia de los Heterodoxos,* aunque ya avanzada la causa de su beatificación, el maestro ha trazado una silueta imborrable en dicha obra. Acotamos este juicio sumario: «Orador más papular, en todos los sentidos de la palabra, nunca lo hubo, y aun puede decirse que Fr. Diego de Cádiz era todo un hombre del pueblo, así en sus sermones como en sus versos, digno de haber nacido en el siglo XIII y de haber andado entre los primeros hermanos de San Francisco».[4]

En el *Epistolario* apenas se hace referencia a la actividad apostólica del Beato Diego. Tan sólo G. Laverde, por dos veces, informa a MP sobre el economista zaragozano Lorenzo Normante y Carcavielle, a quien la Inquisición de Zaragoza le hizo causa, «promovida, escribe textualmente Laverde, por Fr. Diego de Cádiz y otro religioso capuchino con ocasión de las ideas que el doctor vertía en 1784 bajo los auspicios de la Sociedad económica aragonesa» (IV, 456). Este choque, en su tiempo, hizo mucho ruido por el tema y por los opositores. Era el choque entre las ideas tradicionales, predicadas por el Beato Diego, según criterio vigente entonces en la Iglesia española, y las ideas modernas de la economía productiva, muy contrarias a tener terrenos feraces en manos muertas, sin capacidad de rendimiento.

Cuestión muy distinta fue el intento de publicar las obras del Beato Diego de Cádiz, con motivo de su canonización. Sobre ello le escribe reiteradamente el Obispo de Cádiz. En su primera carta, 20 enero 1895, le pide el prelado que, siendo imposible la publicación de las *Obras de Lista,* de cuya dirección se había comprometido, ampliase generoso ofrecimiento a las obras del Beato Fr. Diego de Cádiz, de las cuales, en honor y perpetuo recuerdo de la Beatificación de aquél, «tengo espe-

---

[4] *Historia de los Heterodoxos Españoles,* Santander 1947, V, *EN,* XXXIX, 414.

ranza, escribe textualmente, y casi seguridad de que próximamente habrá de hacerse una hermosa y completa edición. La Orden no se atreve a llevarla a cabo por sí y ha deferido a que yo la haga; mas queda por aclarar el punto de si me facilitará o no todos los originales de lo ya impreso y de lo inédito, incluso las cartas. He dicho al P. General que me prometía el asentimiento de V. para dirigirla, por más que aún no se lo había pedido y me ha contestado que le sería gratísimo que lo prestase» (XIII, 161-2). Admira, en verdad, que se cuente con el gran polígrafo antes de que éste se entere. Pero su buen actuar daba entonces pie para estos amigables atrevimientos.

En la carta siguiente, 30 enero 1895, le comunica el prelado: «Ya el General de los Capuchinos me ha ofrecido, en calidad de préstamo con devolución, todo lo inédito del Beato Diego José de Cádiz, que tiene la Orden» (XIII, 176). Unos días después, 3 febrero 1895, el prelado ve bien el modo cómo MP se dispone a colaborar en la deseada edición de las *Obras* del Beato: «Quedo muy conforme, le escribe, con que no tome a su cargo enteramente la dirección de la edición de las obras del B. Fr. Diego de Cádiz, y muy reconocido a la bondad con que se presta a contestar a las preguntas y a resolver las dudas, que acerca de ella se le hagan y ocurran» (XIII, 181).

Fue, sin embargo, muy de lamentar que, por no haberse superado las dificultades inherentes a la empresa, la deseada edición de *Obras del Beato Diego de Cádiz* sea todavía un *desideratum,* cada vez más difícil de poderlo cumplir.

Pero con el maestro se contaba para todo. También para el homenaje que en honor del Beato se preparaba. Desde Ronda, donde el Beato murió y está sepultado, escribe Pío A. Zazo esta carta a MP: «Creada esta Junta (para celebrar la beatificación del Apóstol de Andalucía, Fray Diego José de Cádiz) por iniciativa del Obispo de la diócesis, D. Marcelino Spinola, entre otros festejos ha decidido celebrar una velada literaria de trabajos en prosa o en verso, que se publicará en el número ilustrado que se proyecta; y dado su reconocido amor a la Iglesia y su renombre en la república de las letras, le invita a que honre con un trabajo suyo la velada que se celebrará entre

el 15 y el 19 de mayo próximo» —La carta está escrita en 8 febrero 1895— (XIII, 184). Ya no interesa relatar su intervención en dicho homenaje. Es suficiente anotar que estas peticiones vienen a ser un resonador del alma generosa de Don Marcelino. Sólo esta generosidad hacía posible que surgieran en torno al tan ocupado sabio este enjambre de simpáticos compromisos.

* * *

De su coterráneo, el P. Miguel de Santander escribe MP en su *HHE:* «Con el P. Cádiz compartió la gloria de misionero y le excedió mucho como escritor, porque era hombre más culto y literato, el capuchino Fr. Miguel Suárez, honra de esta ciudad de Santander, donde tuvo su cuna y de la cual tomó el apellido de religión. Su fama no ha llegado hasta nosotros tan intacta como la del P. Cádiz. A Fr. Miguel de Santander, obispo auxiliar de Zaragoza, protegido del arzobispo Arce y afrancesado luego por flaqueza o por voluntad, le perjudicaron sobremanera las vicisitudes políticas de los tiempos, y con ser él hombre de vida irreprensible y austerísima, vióse objeto de tremendas acusaciones de traición, de las que se defendió muy mal» (*EN*, XXXIX, 415). Esta silueta de compromiso, que traza aquí MP con un trasfondo acusador, hoy la crítica la ha corregido, especialmente en lo de «afrancesado por flaqueza o por voluntad».[5] Pero al margen de estas diversas actitudes de la crítica, lo cierto es que MP no menta a su paisano en los numerosos volúmenes del *Epistolario.* Tan sólo G. Laverde lo recuerda en carta de 1 octubre 1875 en la que pregunta a su fidelísimo discípulo: «No sé si deberá figurar entre los escritores montañeses el célebre P. Santander, obispo, que sonó mucho, si mal no recuerdo, en la época de la guerra de la independencia» (I, 321).

No creo hipótesis infundada pensar que este terco silencio de MP acerca de su esclarecido paisano estuviera motivado,

[5] Ver Buenaventura de Carrocera, *La provincia de frailes menores de Castilla,* vol. II, Madrid, 1973, 1701-1836, cap. 18: *Ilmo. P. Miguel Suárez de Santander, obispo,* pp. 608-634.

consciente o inconscientemente, por la simpatía del P. Santander hacia algunas de las ideas venidas entonces de Francia y que nunca MP llegó a compartir.

4. *Correspondencia al vivo con religiosos franciscanos.*

Esta correspondencia no aborda temas históricos, como hemos visto en la utilizada anteriormente, sino problemas vivos y actuales. Uno de ellos era la presencia de España en Roma a principios de siglo, cuando el bondadoso Pío X inicia su papado de santidad. Puen bien; en estos días recibe MP una carta, escrita por Manuel Multedo de la *Embajada Española cerca de la Santa Sede*. En ella leemos: «Y paso a darle cuenta de un encargo. El eximio teólogo y literato Padre Ruperto de Manresa, Secretario del Emmo. Sr. Cardenal Vives y Tutó, me ha dicho que con suma satisfacción verían que figurase el nombre de V. representando a España en el Comité Internacional constituido para la celebración del 50° aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada. ¿Autorizaría V. a ello? No se trata más que de dar el nombre» (XVII, 215). Inncecesario es decir que el Cardenal Vives era capuchino y que lo era igualmente su secretario. P. Ruperto de Manresa, esclarecido escritor de temas escriturarios y marianos. Ambos, el Cardenal y su secretario, se interesaron porque en el fausto acontecimiento mariano nuestro fecundo polígrafo, ya mundialmente conocido, representara a España, tan ligada a este misterio mariano.

En otra carta del mismo P. Ruperto de Manresa, escrita en Roma, 12 mayo 1904, notifica a MP: «Por muerte del Sr. Ortí y Lara quedó vacante un puesto en la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino, creada por el difunto Papa León XIII con fines puramente filosóficos y teológicos y dándole tal importancia y tales honores que redujo a pocos el número de sus individuos de los cuales 10 solamente pueden ser extranjeros... Abogué con empeño porque fuera reservada a otro español la vacante del Sr. Otí y Lara, mayormente ahora que podemos presentar nombres ilustres y gloriosos. Y habiéndolo logrado

propuse en primer término, y por encima de cualquier otra candidatura, aun con fines de que sólo la fama del nombre me ayudara a vencer las dificultades a última hora sobrevenidas, la de V.E., que fue aceptada unánimemente entre cuantos traté, y se me dio el ecargo de explorar el ánimo de V.E. y proponerlo después oficialmente para cubrir la vacante» (XVII, 353-4). Manifiesta esta carta la alta estima y la plena confianza que tenía el P. Manresa en MP. Esta plena confianza transpira igualmente la de M. Multedo de la Embajada Española, según dijimos, dirigida a MP. Dice así: «Acababa de entregar en su celda al P. Ruperto de Manresa la epístola que Vd. se servía dirigirle por mi conducto y que tanta satisfacción hubo de producir al docto capuchino que quedó en escribirle antes de su inmediata salida para España» (XVII, 419).

Estos datos, tomados tan al vivo, hacen patente la excelente comunicación que tenía el maestro con este capuchino muy catalán, pero también muy español.

Igualmente otro capuchino catalán tuvo extraordinaria confianza en MP. Se trata del P. Joaquín de Llevaneras. De notar que este P. Llevaneras fue hermano del Card. Vives y máximo agente del restablecimiento de la orden capuchina en España en la época de la restauración. Uno de sus más queridos proyectos fue la fundación en Lecaroz (Navarra) de un colegio de primeras y segundas letras para atender especialmente a las familias necesitadas de la región. Muy de ponderar que haya acudido a MP para pedirle apoyo económico para su obra. Sabía el P. Llevaneras que MP no era un banquero. Pero pensaba que de sus ahorros podría ofrecerle algún donativo para sostenimiento de la misma (XIII, 117).

También otro capuchino de El Pardo, P. Humilde de Gayoso, acude a la benevolencia del maestro. En su primera carta, 4 junio 1908, le pide un informe sobre una historia del Cristo yacente, que regaló a la iglesia del convento Felipe III. En la segunda, 31 julio 1909, el buen capuchino alega que, como en el año anterior ya había recibido una respuesta suya, ahora se permite pedirle otra sobre la obrita de Fernández Fajarnés, *Reforma de la Cosmología.* No han pasado dos meses, y el 4

septiembre 1909, se desahoga con el maestro en estos términos: «Acabo de recibir su atenta y cariñosa contestación a mi última; la que con toda el alma le agradezco. Bendito el Señor que después de tantas e inútiles investigaciones, pude hallar por medio de S.E. lo que tanto ansiaba». En P.D. le habla de la celebración del congreso que se planea en honor de Balmes (XIX, 395; XX, 284, 305-6). No hay por qué seguir comentando este sabroso carteo que tantas muestras de comprensión revela por parte de MP.

Concluimos esta información con la referencia a los Terciarios Capuchinos de Ntra. Sra. de los Dolores. Sabido es lo mucho que han aportado a la regeneración de los deficientes mentales en todo este siglo. También en nuestros días, pese a la hostilidad del actual gobierno socialista hacia ellos. En tiempos de MP esta institución estaba en sus comienzos. Esto explica esta nota que hallamos en el *Epistolario:* «Terciarios Capuchinos. Convento de Monte-Sión Torrrente (Valencia), 7 enero 1896: (Para la biblioteca que están formando, no disponiendo de medios, le ruegan libros suyos o ajenos que le sobren) (XIII, 438). Una vez más MP daba apoyo y estímulo a una gran obra educacional a favor de los más necesitados, obra que estaba entonces iniciando su misericordiosa andadura.

5. *Jacinto Verdaguer y Emilia Pardo Bazán ante Menéndez Pelayo: de por medio, San Francisco.*

De estima hasta la veneración fue la actitud de MP hacia Jacinto Verdaguer. Refleja muy bien esta actitud el juicio que da de la colección del poeta: *Idillis i cantics mistics:* «Comparable a cualquiera de los poetas del Siglo de Oro por el fervor cristiano y delicadeza de formas y conceptos que en ellas resplandecen».[6]

---

[6] *La Atlántida de Verdaguer,* en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* Santander, 1942, V, *EN,* X, 190.

Se halla muy presente Verdaguer en el *Epistolario,* en el que se comenta su vida y su obra, singularmente sus dos grandes poemas: *L'Atlántida* y *El Canigó.* Ahora nos limitamos a la presencia de San Francisco como intermediario entre los dos: Verdaguer y MP. El famoso político Francisco Cambó nos hace ver esta relación entre ambos en la carta que escribe a MP, 20 octubre 1895: «Me dirijo a V. para pedirle haga una obra, que redundaría en beneficio de las letras y contribuiría a desvanecer del todo una calumnia. Mossen Jacinto Verdaguer, cuyas poesías místicas fueron tan favorablemente juzgadas por V. en su discurso de entrada en la Academia, ha publicado, hace más de quince días, su poema *Sant Francesch,* escrito en el período, tan triste para él, en que con más saña se le trató de loco, y la prensa no se ha ocupado de ello... Podría V. hacer mucho para evitar esta indiferencia, de que se quejan cuantos se interesan por las letras patrias. Tengo la seguridad de que si V. publicara el juicio que le merece el tomo de poesías místicas a que me refiero, la prensa se haría eco de ellas y la atención de los que aún conservan alguna afición a todo lo bello, se fijaría en este ramillete de poesías» (XIII, 385).

Duelen las grandes penas de los hombres grandes y buenas. Grande y bueno fue J. Verdaguer. Pero tuvo que soportar la pena grande de la calumnia. Pudo, sin embargo, hallar un remanso de paz escribiendo, como terciario franciscano, su *Sant Francesch.* De él he escrito en otra ocasión: «Con alma saturada en poesía J. Verdaguer canta a San Francisco. A él vuelve cuando la vida se le torna dura para tomar consejo «del apóstol de l'amor y del Evangelista de la pobreza». Sin duda alguna el que llama «lo més dolç y lo més sant dels poetes» dio calor a su espíritu para aunar, una vez más en la literatura hispánica, la santidad con la poesía».

Aquí anotamos, al final de este informe, que Francisco Cambó, antes de iniciar su activísima política, quiso enlazar aún más a Verdaguer con MP, para que, unidos el poeta místico y el crítico literario, la alta mística española tuviera la debida

resonancia en nuestros días. Lo hace al socaire del poema *Sant Francesch.*

* * *

Si la relación de MP con J. Verdaguer fue de estima hasta la veneración, la que mantuvo con E. Pardo Bazán también fue de alta estima, hasta ver en ella una de las cumbres de la feminidad intelectual del momento, prueba al canto de la posibilidad de la mujer para acceder a los más altos valores de la cultura. Pero dentro de esta alta estima su divergencia en torno a lo que la misma Pardo Bazán llamó *La cuestión palpitante* fue de clara oposición. Compartió la escritora el naturalismo a lo Zola hasta entusiasmarse con él. No es cosa de detenerse a exponer lo que un día metió tanto ruido y es conocido por la historia literaria del siglo XIX. Mas lo curioso del caso es que San Francisco se halla de por medio de MP y la Pardo Bazán, al publicar ésta por aquellos días su obra, *San Francisco de Asís (Siglo XIII).* Aún más asombroso fue que MP accediera a prologarle esta obra cuando fue publicada por *Hnos. Garnier.* No escatima elogios a la escritora en dicho prólogo. Pero el juicio definitivo sobre la misma, podemos leerlo en la carta que escribe a J. Valera, 22 septiembre 1886: «En cuanto a D.ª Emilia no hay que tomarla por lo serio en este punto (el naturalismo) ni en muchos otros. Tiene ingenio, cultura y sobre todo singulares condiciones de estilo; pero, como toda mujer, tiene una naturaleza *receptiva* y se enamora de todo lo que hace ruido, sin ton ni son y contradiciéndose cincuenta veces. Un día se encapricha por San Francisco y otro día por Zola» (VIII, 72).

Para llegar a formular este juicio, hubo muchas peripecias. Sobre ellas el *Epistolario* nos da largas informaciones. Recogemos algunas que nos parecen más interesantes desde la peculiar preocupación franciscana de este estudio.

Por su amistad con los PP. Franciscanos de Santiago E. Pardo Bazán se interesó con los *poetas franciscanos.* De notar que, al exponer su historia, ya tropieza inicialmente con MP. En carta de 22 marzo 1881, después de celebrar, como todos, su

Discurso en la Academia, le escribe: «Voy a apartar los ojos de la hermosura de la obra de V. y a fijarlos solamente en dos lugares de ella que me han excitado la bilis: a saber, lo que se refiere a Jacopone y el *Stabat* y lo que concierne a San Francisco como poeta. En mi obra de San Francisco, al tratar de la poesía franciscana, aduciré los datos que he podido recoger y que, en mi concepto, confirman la opinión de que Jacopone es autor de los dos *Stabat,* el de la Cruz y el del Pesebre, y de que San Francisco no sólo compuso el himno de «*Frate Sole*» sino aquel otro: «*Amor de caritate*» y el «*In foco amor mi mise*» (IV, 512).

La crítica franciscana, muy desarrollada en este siglo, ha precisado y rectificado estos informes franciscanistas que ahora aducimos para sentir cómo San Francisco estuvo en medio de las preocupaciones intelectuales de MP y Pardo Bazán.

Sobre la vida de San Francisco, que compuso ésta, la primera noticia que nos da el *Epistolario* es de G. Laverde en carta a MP, 19 mayo 1879. Leemos en ella esta simpática información para la historiografía franciscana: «Aquí (en Santiago) estuvo días pasados Emilia Pardo Bazán que está escribiendo sobre San Francisco de Asís. Este Santo fundó aquí un convento en terreno que le cedió el Monasterio de San Martín sin otro interés que el pago anual de un cesto de peces, algunos años se hacía con gran solemnidad saliendo en proecsión las dos comunidades con las efigies de los respectivos patriarcas. La de San Francisco llevaba en la mano un cesto de peces. ¡Qué poético era en todo aquel Santo! » (III, 462).

Sobre la marcha de la composición de su vida de San Francisco, la misma Pardo Bazán nos da informes sobre los avatares de la misma. Uno de ellos refleja sus cariños maternos, en aura franciscana. Escribe así el 28 marzo 1880, en carta a MP: «Esta refundición (sobre Feijóo) no podrá ser antes de que dé fin a otra obra que traigo entre manos y se titulará «San Francisco de Asís "siglo XIII". Casi la mitad va ya escrita, y ardo en deseos de irme al campo para allá terminarla. Es tanto lo que tengo que hacer que me falta tiempo para todo... Después tengo dos niños que me embelesan...» (IV, 212). Sobre dicha

composición vuelve a informarnos en carta de 29 junio 1880: «Mi *San Francisco de Asís* quería que dispusiese, al menos, de 5 meses de campo y soledad, y por ahora no he podido lograrlos. Ardo en deseos de terminar esta obra» (IV, 281).

La primera información que da de esta obra MP es en carta a G. Laverde, 25 noviembre 1880: «Aquí (en Madrid) tenemos a Emilia Pardo Bazán, que tiene casi concluido su libro de S. Francisco» (IV, 402). En la del 20 diciembre inmediato notifica al mismo Laverde que Pardo Bazán está dando la última mano a su *San Francisco* (IV, 423).

Publicada la obra, la misma Pardo Bazán, después de dilaciones del editor, se la envía directamente a MP, según dice en carta 15 agosto 1882. Un mes después, al saber que la obra ha agradado al maestro, le pide diez líneas de comentario (y con menos se contenta) (V, 447, 474).

En efecto; el 31 agosto 1882 MP había escrito a G. Laverde: «Me encanta el *S. Francisco* de Emilia Pardo. Esa mujer tiene mucho talento» (V, 454). Pero vino luego algo mucho más serio, según nos informa la carta a Laverde, 12 marzo 1882: «Dime si Emilia Pardo Bazán está en Santiago o qué es de ella... La verdad es que yo la prometí hacer un artículo acerca de su *S. Francisco,* y se me ha quedado en el tintero» (VI, 60). Este vendría a ser el prólogo de la edición de *San Francisco* por Hermanos Garnier. Pardo Bazán, en carta 5 mayo 1885, lamenta la dilación de MP sobre el artículo prometido, liado ahora al asunto del naturalismo a lo Zola, para el que pide la escritora a MP comprensión, pues «tiene obligación de verlo todo, todo, todo! » (VI, 107).

Mas en este preciso momento intervienen los Hermanos Garnier, quienes escriben al maestro desde París, 12 junio 1885: «Habiendo adquirido el derecho de imprimir "San Francisco de Asís»... nos ofreció la Señora E. Pardo Bazán algo como un semblanza escrita por V... El tiempo pasa, el libro está compuesto y esperamos sólo el escrito de Vd. para hacer la tirada... Al insistir con la Señora Pardo Bazán para que fuera Vd. y no otro el autor del trabajo citado, lo hacíamos por la celebridad del nombre de Vd.» (VII, 224-5).

Al fin el prólogo es redactado por MP y Pardo Bazán lo lee con tenso interés y escribe a MP esta carta con doble vertiente, 2 agosto 1885: «Mi querido Marcelino: hoy me remiten los Garnier la primer prueba de su prólogo —semblanza a *San Francisco*—. No necesito decir que me ha gustado mucho, siendo de V.; y tampoco necesito señalar los puntos con los cuales no estoy conforme y que me parecen apasionados... Yo declaro que sólo he sido un *Ferrán* del naturalismo, es decir, que he admitido el *virus* atenuado, pues mi *Cuestión palpitante*, más que un libro de ardiente propaganda, lo es de distingos, reparos y limitaciones que hacen decir a los colegas de Ultrapirene: «C'est du naturalisme à l'eau de rose» (VII, 271).

En verdad, como decíamos anteriormente, San Francisco está de intermediario en este amigable choque entre el gran maestro y la inteligente escritora. Que los doctos ventilen quién tenía razón. Para mi propósito actual es suficiente haber mostrado que San Francisco estuvo «de por medio» entre ellos.

ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA
Universidad Pontificia de Salamanca